

Más allá del cuento



Creaciones del Taller Literario UBO
inspiradas en autores
latinoamericanos

2026

UNIVERSIDAD
BERNARDO
O'HIGGINS®

Dirección de Extensión
Cultural y Universitaria
Vicerrectoría de
Vinculación con el Medio

Edición: Dirección de
Extensión Cultural y
Universitaria 2026
Fábrica 1865
extension@ubo.cl

AUTORES

Rinna Ortega
Francisca Baeza
Juan Carlos Poblete
Mariella Oyarzún
Silvia Garrido
Mónica León
Erwinmary Fuenmayor
Javier Pizarro

ÍNDICE

Presentación.....	8
“En provincia” — Augusto D’Halmar:	
• La carta de Clara.....	10
“No oyes ladrar los perros” — Juan Rulfo:	
• Cartas olvidadas.....	11
• Confesión.....	15
• Ignacio.....	18
• ¿Malvado Ignacio?.....	20
“Emma Zunz” — Jorge Luis Borges:	
• Lo que la venganza no borró.....	27
• Y ahora lo único que me queda es mentirme.....	31
“Casa tomada” — Julio Cortázar:	
• Como cada viernes.....	36


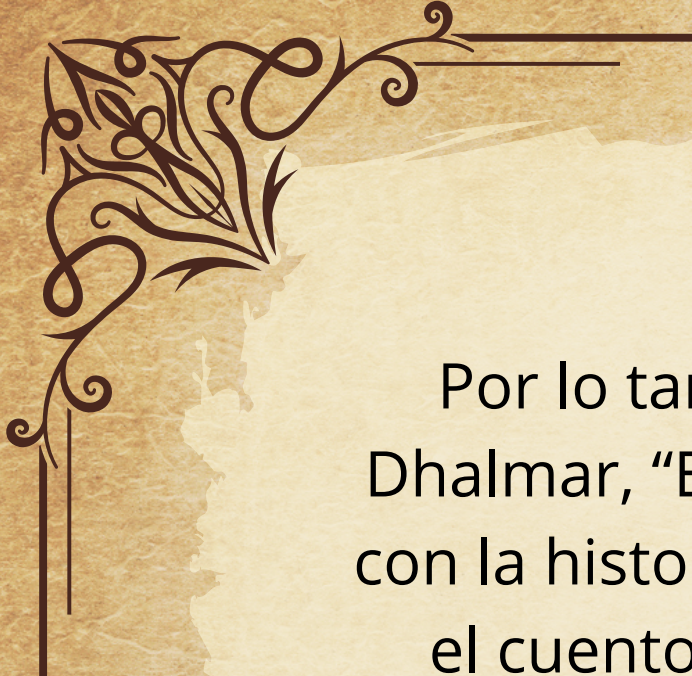


Presentación

Entregamos al público este breve libro digital, en el que encontrarán un camino para conocer a cuatro grandes escritores latinoamericanos, leídos, analizados y conversados en el Taller Literario de la Universidad Bernardo O'Higgins, junto a las creaciones literarias de algunos talleristas.

La tarea no era fácil: inventar una historia a partir de lo que imaginaran de cómo podría ser lo que antecede al cuento (precuela) o lo que podría haber sucedido después (secuela) o extraer un personaje para incluirlo en otra trama, que tuviera que ver con el cuento que le dio vida (spin-off).



Y el trabajo fue hecho a la perfección, con gran creatividad en las historias diseñadas, además de una excelente comprensión de los cuentos que fueron de su preferencia.



Por lo tanto, si se lee el cuento de Augusto Dhalmar, "En provincia", luego se sorprenderán con la historia de Rinna. Si alguien se decide por el cuento de Juan Rulfo, "No oyes ladrar los perros", se entusiasmará al leer las historias de Francisca, Juan Carlos, Mariella y Silvia. Si fuese elegido el magnífico cuento de Jorge Luis Borges, "Emma Zunz", el lector se asombrará con la perspectiva de las historias de Erwinmary y Mónica. Y por último, si les atrae el cuento de Julio Cortázar, "Casa tomada", lo comprenderán desde otra perspectiva, con la historia de Javier. De lo que se trata, en definitiva, es gozar con las historias, con la ficción, con personajes bien delineados y entrañables, y creer que todo ello es muy parecido a la realidad, o mejor aún, que es una realidad enriquecida.

Los invitamos a disfrutar de esos cuentos universales, junto a las obras creadas por los y las talleristas.

Paulo Adriazola Brandt



La carta de Clara



Llegué al trabajo temprano, como cada día. Como cada día reflexionaba si debía buscar a mi hijo, una idea que se presentaba, cada vez con mayor frecuencia.

En el escritorio encontré una carta dirigida a mi nombre, no traía remitente. decidí esperar a la noche y leerla en la tranquilidad de mi dormitorio. Al abrirla vi la firma de Clara, la cerré bruscamente, tratando de adivinar su contenido, el corazón se me escapaba por la garganta...decidí leerla:

Borja, siento que debo compartir la tremenda amargura que desde hace meses estoy sufriendo, mi amado hijo y mi esposo fallecieron hace seis meses en un terrible accidente.

La carta cayó al suelo...

Rinna Ortega




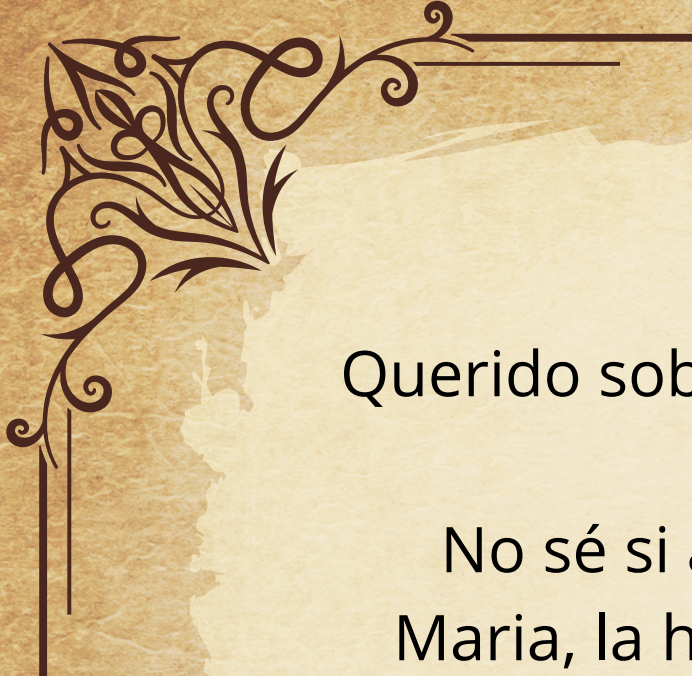
Cartas olvidadas

Lunes, 10 de agosto

Querido sobrino:

No sé si aún me recuerdas, soy tu tía Rosa Maria, la hermana de tu padre. Espero que te encuentres bien y sano, aunque me temo haber escuchado rumores sobre ti en mi pueblo. Me han comentado que te has comportado de forma inhumana con tu padrino, aquel que te crió como un mismo padre cuando mi hermano no estaba presente por hacer de las suyas.

Ay mi querido sobrino, no sabes lo mucho que me preocupa saber que cada día te pareces más a tu padre en su juventud, que cada día hay un nuevo rumor de ti relacionado con malhechores. Que cada día te alejas más de ti.



Lunes, 10 de agosto

Querido sobrino:

No sé si aún me recuerdas, soy tu tía Rosa Maria, la hermana de tu padre. Espero que te encuentres bien y sano, aunque me temo haber escuchado rumores sobre ti en mi pueblo. Me han comentado que te has comportado de forma inhumana con tu padrino, aquel que te crió como un mismo padre cuando mi hermano no estaba presente por hacer de las suyas.

Ay mi querido sobrino, no sabes lo mucho que me preocupa saber que cada día te pareces más a tu padre en su juventud, que cada día hay un nuevo rumor de ti relacionado con malhechores.

Que cada día te alejas más de ti.

Por favor, cuídate y ven a visitarme pronto, antes de que te ocurra algo malo.

Con cariño, mucho cariño, tu tía Rosa Maria.

Miércoles, 11 de noviembre



Hermano:

Espero aún recuerdes mi nombre, Soy Rosa Maria, tu hermana. He escuchado muchos rumores sobre mi sobrinito, ¿acaso no te das cuenta de lo que está sucediendo? ¿no crees que todo esto se veía venir?

No creo ser solo yo la que logra recordar tu pasado, ¿no es así? Más bien, nuestro pasado, nuestra infancia, nuestro padre.

Por favor hermano, reacciona, cuida a tu hijo, aún estás a tiempo de hacer que sea un buen hombre, no como tú. No como nuestro padre. Cuídalo, guíalo, protege esa alma sin rumbo que trajiste al mundo hace unos años. Es joven, inteligente y sabe que lo que está haciendo está mal, pero estoy convencida de que lo hace para que de una vez por todas te preocupes por él y seas un padre presente.

No olvides nuestra promesa, nunca seríamos como nuestro padre.



Miércoles, 2 de diciembre

Hermano:



Ya me enteré. Lamento mucho la perdida, más
no tu dolor.

Francisca Baeza





Confesión

Vamos viejo, detente y déjame caer, da lo mismo
morir aquí o allá
Ignacio rumia agónico en hombros de su padre
...tengo que contarle antes que muera...
Debo decirle la verdad que le he ocultado años,
Verdad, que quiere salir a borbotones de mi
cuerpo, como la espesa sangre
que hoy redime mis pecados
No sé si lo podrás soportar padre mío, no sé si
hay razón de decirlo ahora...
Llevarla a fuego en mis riñones desde pelado, es
peor que éstas cuchilladas,
que arden cada vez que respiro
Vamos viejo, ya no me regañes, déjame caer,
no me queda existencia suficiente, ni valentía
para seguir.



Siempre fui un cobarde...
desde que los descubrí de zopetón y callé
Si te contara, ¡si supieras padre!
Porque para mí ¡siempre serás mi padre!
Vamos viejo, ¡ya no me abronques!
Los ladridos se oyen muy lejanos
¡Déjame caer!
¡Conversemos por primera y última vez!
¡démonos a nosotros!



...Ironía es esta manera de abrazarte...
¿cuántas veces al verte regresar del labrado,
quise corre a ti y abrazarte
¡abrazarte y contarte!
Sólo rumiaba y lloraba en silencio
¡Maldito Tranquilino siempre huyendo
siempre riendo y fingiendo...
Sólo una vez maté...



Cuando lo vi aparecer, aquella tarde...
sentí el placer de la esperada venganza
Resarcimiento que creí que me libraría del
tormento

No fue así nomás
¡Maldito Padrino! ¡Mil veces bien muerto!
Huía como un zopilote hartado de comer,
Se escabullía antes que llegaras,
dejando las sábanas calientes
¿Nunca las sentiste tibias?
Maldito zaino, mil veces maldito...
...Lo repitió una vez más y luego... dejó de
pensar...

Juan Carlos Poblete





Ignacio

Mi nombre es Ignacio, mi llegada al mundo estuvo marcada por la fatalidad de haber dado muerte a la única persona que podría haberme amado de verdad, y hacer de mí un hombre de bien.

Nací una noche fría y brumosa con la luna incendiando la tierra yerma, y yo, recién llegado a este mundo, recibí en vez del pecho cálido de mi madre, solo la amargura de la muerte y las miradas de recelo y resentimiento de mi padre.

Me convertí en su vía crucis, en su castigo y maldición.

Y usted padre, con razón o sin ella, hoy me pasa la cuenta por mis muchos pecados. Ahora que se acerca el final de todo para mí, asumo padre que mi vida solo trajo dolor y muerte.


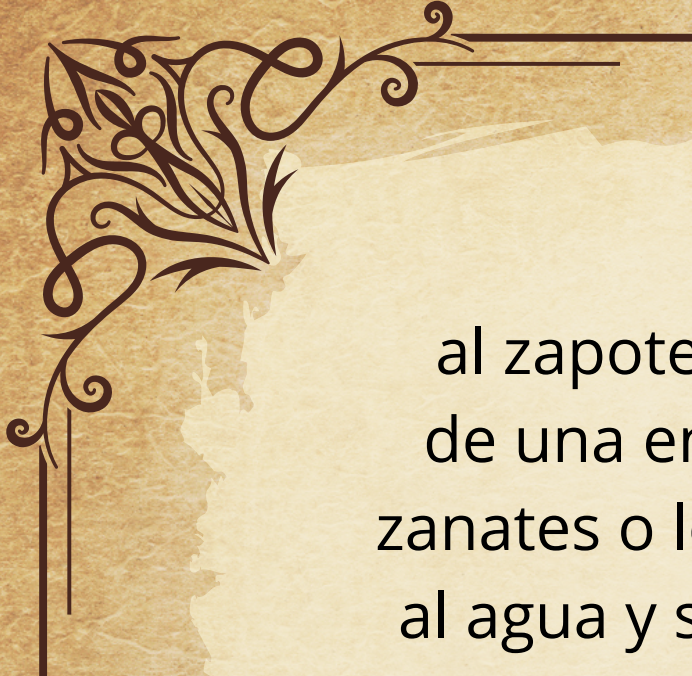


Este viaje sobre la espalda de usted padre, de quien nunca he recibido un abrazo ni una muestra de afecto, es la ironía perfecta de una vida que nació truncada por la muerte de mi madre a quien no alcancé a conocer y a quien espero encontrar al final de mi fiero camino. Bájeme, padre, y déjeme morir aquí en la tierra yerma con la luna incendiando la noche.

Mariella Oyarzún

¿Malvado Ignacio?


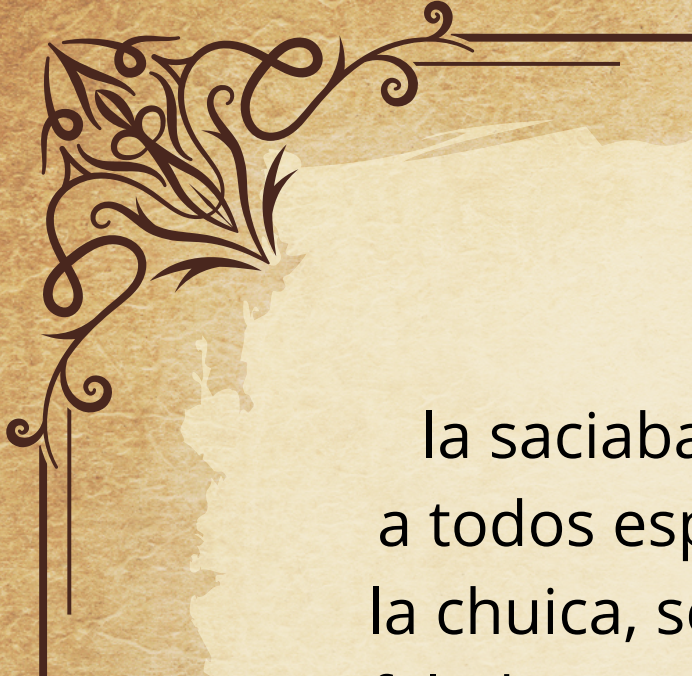
¡Como coyote asustado huía, de atrás el padre!, cerca del arroyo, como ardilla subía al zapote, y entre sus ramas desaparecía. De noche, el hambre y sueño le obligan bajar. El padre y vecinos, borrachos, ríen a grandes voces. Agazapado va a dormir. Entre sueños voces hablaban de guerra, matanzas, incendios. Atemorizado y enroscado en su hamaca plomiza de mugre, oraba al recuerdo de su madre, hasta el otro día. De mañana a los correazos de su progenitor despertaba, llorando iba a la escuela sorbiendo mocos y un vaso de leche. Casi siempre, después de clases, surgía algo que realizar junto a sus amigos. En cierta ocasión, ninguno había visto volar a las gallinas, de ahí la pregunta. ¿porque teniendo alas no volaban?, sin ruido rodearon algunos nidales cerca y por sorpresa las asían del pescuezo e introducían en costales. Corrían directo al arroyo, encaramados



al zapote más frondoso, las iban lanzando de una en una para ver si volaban como los zanates o loros, pero éstas caían como piedras al agua y se ahogaban, otras daban directo al suelo y quedaban saltando en medio de un charco de sangre. Siguieron con la duda, pero asustados se fueron a sus casas. Los vecinos los denunciaron.

Durante tres días castigado, los correazos le sacaron sangre de piernas y espaldas, en su cara le quedó la marca de la hebilla, “para que no lo olvides nunca”, le sentenció el progenitor. Su padrino Tranquilino, era el que más azuzaba al padre para que le castigase.

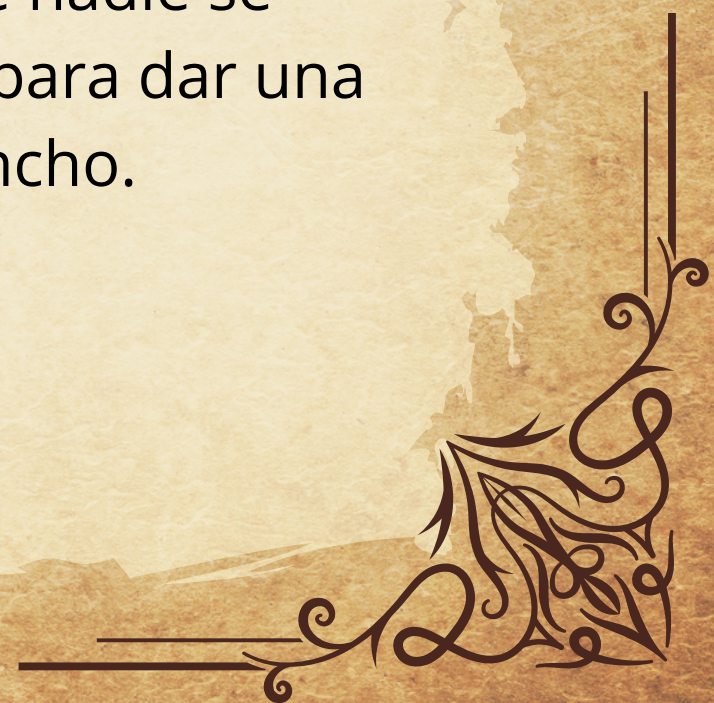
En otra ocasión quedó aturdido de tanto golpe. Ocurrió cuando su padre le mandó donde su amigo Cipriano por una chuica de mezcal. Era detrás de un monte, estaba anocheciendo. A pesar de ser más grande tenía susto a animales salvajes, pero nada ocurrió. La caminata le provocó una gran sed, la chuica venía abierta, ¡no fue más!, a medida que se devolvía,


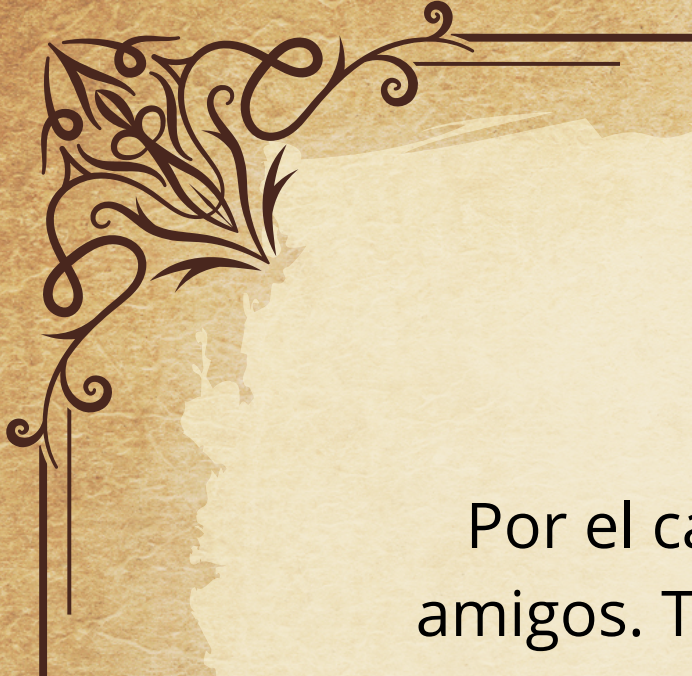


la saciaba empinándosela. Casi al llegar, vio a todos esperando en el alicaído zaguán. Miró la chuica, se dio cuentas del mucho líquido que faltaba, era imposible alcanzar la acequia, más, había unos matorrales que cruzar, detrás de ellos y agachado la rellenó con sus propios orines y al llegar la entregó.

Así, entre golpes fuertes y muy duros su infancia transcurrió. Con el tiempo nada dolía ni le hacían llorar.

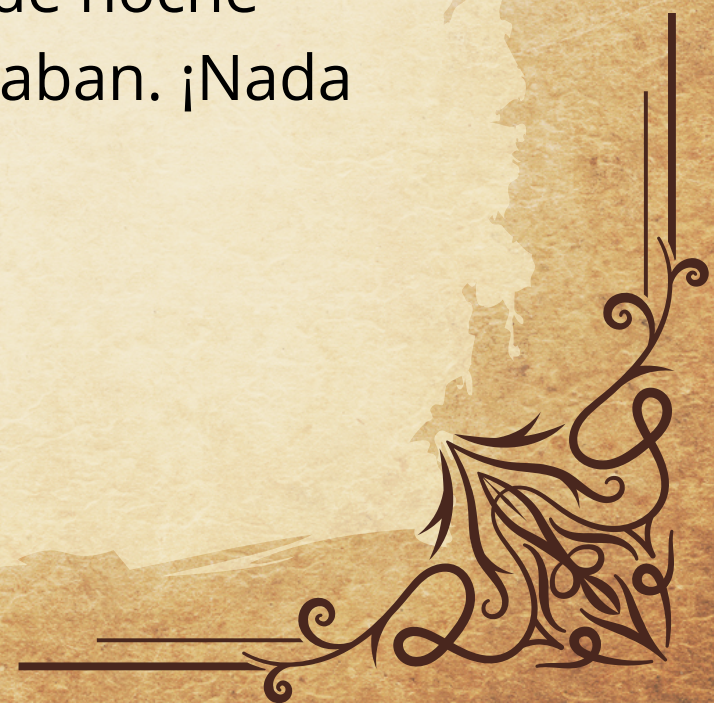
A los trece años, se fue de jornalero a un cafetal, no lejos del rancho, la paga la recibía el padre. Al cumplir los quince tomó la decisión de irse. En un morral, sus pocas prendas, el sombrero de caña, y en el cinto, el filoso cuchillo con el que cortaba hasta el aire y su largo afilado machete que lo manejaba cual si fuese su brazo. Con todo esto una mañana partió. De nadie se despidió ni menos volteó la cabeza para dar una última mirada al amargo rancho.


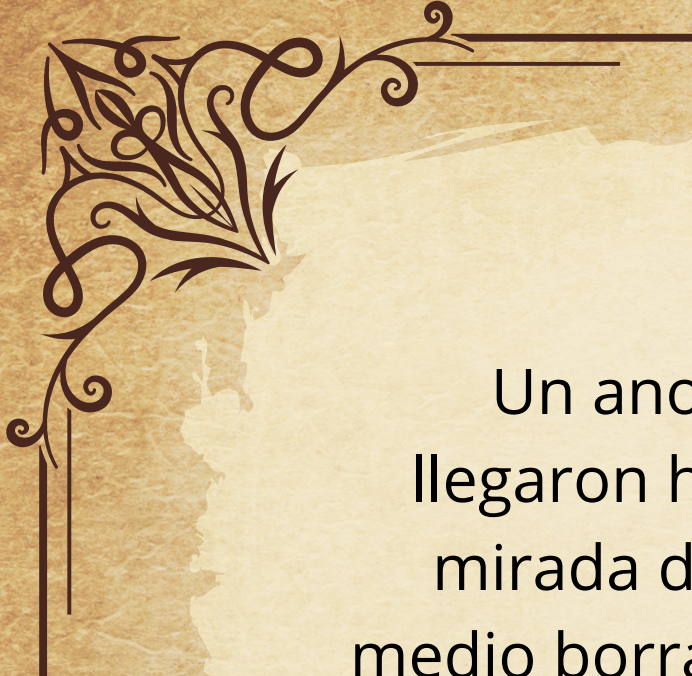




Por el camino le aguardaban dos de sus amigos. Todos plenos de energías, sueños y anhelos por realizar. Ignacio con la convicción de saberse fuerte e inteligente como un zorro para esconderse, agazaparse como las serpientes, y veloz en el manejo del cuchillo y del machete. Nadie ni nada le intimidaba o atemorizaba. Obtendría lo que quisiera, ¡Esa sería la meta de vida!



Por el camino a Tonayan, toparon con jornaleros de la siembra y cosecha del frijol y chile verde Fue el primer asalto que llevaron a cabo. Le siguieron muchos otros. Se les llegó a conocer como "Los brujos", ya que nadie quedaba vivo para contarlo. ¡Y así pasó el tiempo El destino les condujo a Xalapa, lo rural se fue olvidando, de día descansaban, de noche asaltaban, robaban y se emborrachaban. ¡Nada faltaba!







Un anochecer, en el bar “Mesa criolla”, llegaron hambrientos y con sed. Ignacio y su mirada de lince detectan un hombre solo y medio borracho de una mesa. Cercan a la futura víctima sin que ésta lo note, le invitan a seguir bebiendo y cuando cree que ésta, está en su poder, le intenta robar, pero el policía disfrazado dispara, Ignacio rápido como un rayo le esquiva, pero entierra el cuchillo en pleno corazón hiriéndole de muerte. ¡arrancan, pero son vistos y de allí intensamente buscados!

Se internan por caminos rurales en dirección desconocida, ocultándose de día y apareciendo al oscurecer. Un ocaso pleno de graznidos, grillos y croar de ranas, asaltan a un grupo de jornaleros, uno de los asaltados les reconoce nombrándolos a gritos, Ignacio enfurecido se devuelve y le degüella, era su padrino Tranquilino, quien desangrándose quedó en el camino, mientras los otros arrancan a perderse antes de perecer como el de la vera.


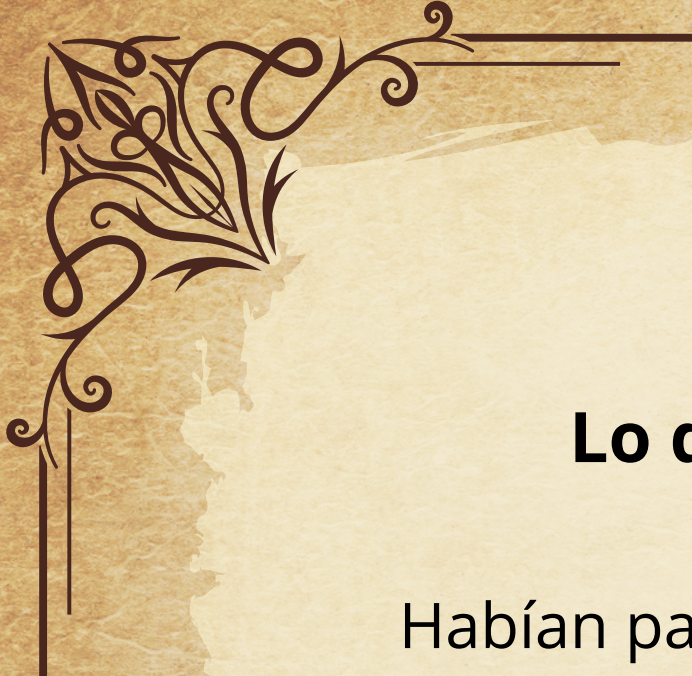


Un sombrío y frío anochecer, sentados sobre rocas cerca del arroyo bebían y reían, unas fuertes pisadas a la carrera les alerta. Ignacio apenas tuvo tiempo de agacharse, su cuerpo recibe un impacto, luego otro y otro más. Oye los alaridos y gritos de sus amigos, luego un aterrador silencio, pierde la conciencia, ¡vuelve!, Un descomunal dolor le impide respirar. Al rato voces de hombres, su nombre es repetido, ruido de agua que corre, la noche oscura y fría le hiere más. Siente le levantan, el dolor lacera, la conciencia huye de sí, apenas reabre los párpados percibe que está sobre los hombros de un hombre grande y viejo que trastabilla por entre rocas y le nombra: es su padre. Sus manos agarrotadas en el cuello del viejo no puede soltarlas, mientras le escucha las quejas que salen de la garganta aguardentosa y senil.



Pide que lo deje en el camino, se siente mejor entre arbustos o botado en la tierra con animales venenosos o carnívoros que en los hombros de quien así lo increpa y refriega con saña toda la culpa de su delictivo actuar. Nota que morirá muy pronto, ya advierte los estertores fríos de la muerte que se ha posado sobre sus espaldas, la luna asombrosamente brillante le alumbra y su mirada agónica advierte su sangre de vida que gota tras gota cae sin parar desde su fatal herida hacia quien fue su padre.

Silvia Garrido


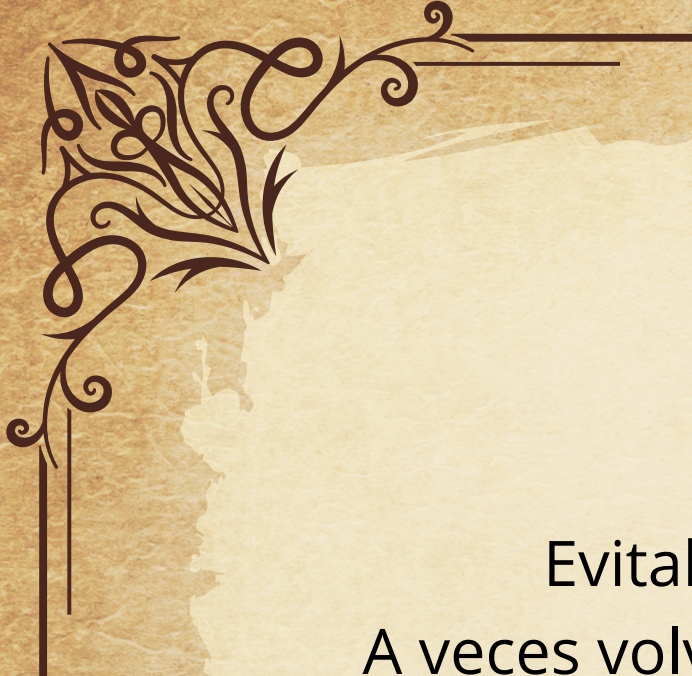


Lo que la venganza no borró

Habían pasado diez años desde la muerte de Aarón Loewenthal, el hombre que dirigía la fábrica donde trabajaba su padre.


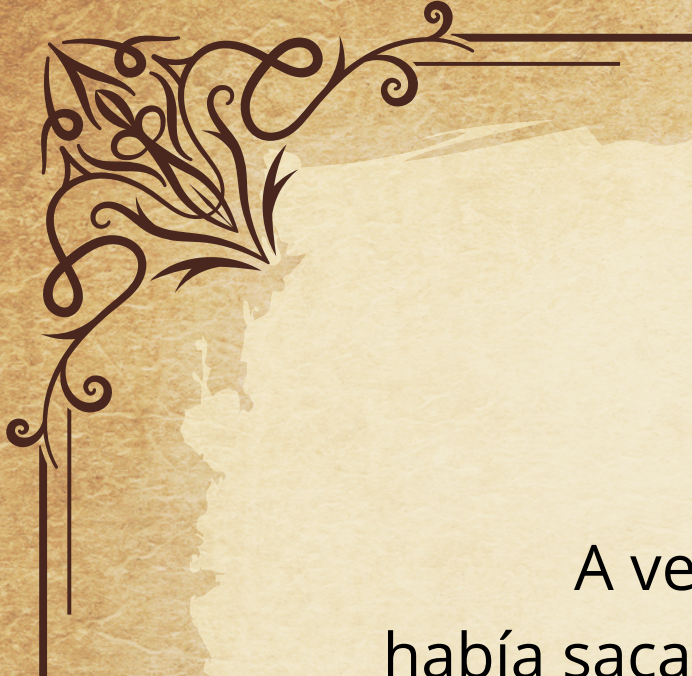
Emma había cambiado de ciudad. Las noches seguían siendo las mismas: largas, silenciosas, interrumpidas apenas por el golpe constante de las olas, que siempre la devolvían al mismo recuerdo. Vivía sola, cerca de la costa, y el insomnio se había vuelto su única compañía. Después de la muerte de Loewenthal, Emma sintió la necesidad de reconstruir los últimos días de su padre. Buscó al compañero de pensión que le había dado aviso del fallecimiento y viajó a Río Grande. El hombre, llamado Fein, le entregó una caja con algunas pertenencias de él, donde quedaba lo poco que conservaba.

Emma guardó esa caja durante años sin abrirla.


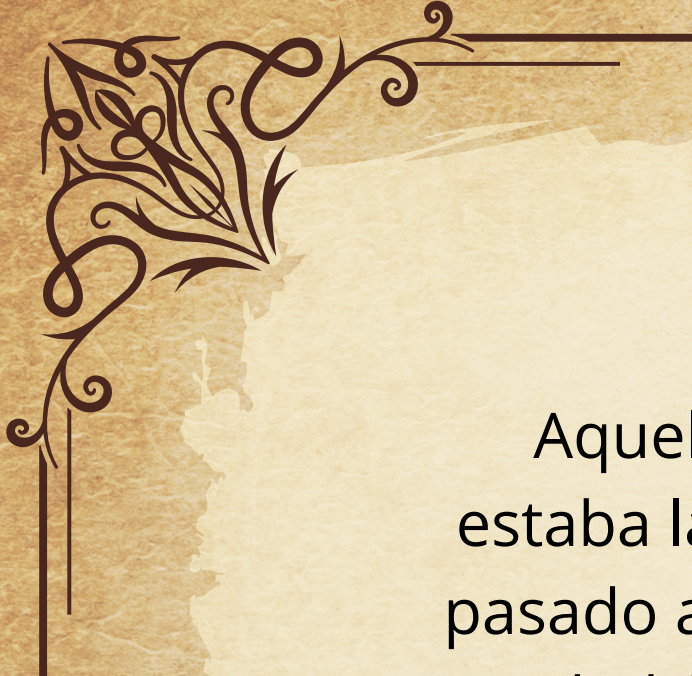


Evitaba dormir siempre que podía. A veces volvía a la ciudad donde su padre había muerto. Durante aquel viaje a Río Grande había llegado hasta el Faro de Albardão: el mar inmóvil, la arena sin huellas, el viento sin dirección. Desde allí contempló el horizonte durante largo rato. Tal vez por eso vivía ahora cerca del mar.

Otra noche, como tantas otras, no podía dormir. Caminó hacia la cocina en busca de agua y volvió a sentir el mismo peso de siempre, ese que la llevaba al mismo punto: el recuerdo del hombre que había elegido para su venganza. Evocaba su olor, su torpeza, su indiferencia, como si todavía pudieran rodearla. También volvía el asco, la vergüenza y la certeza de haber cruzado un límite del que nunca regresaría.



A veces se preguntaba de dónde había sacado aquella fuerza. Ella, que siempre había sentido miedo de los hombres, que a sus diecinueve años seguía siendo virgen y evitaba cualquier cercanía con ellos, había sido capaz de entrar al puerto y elegir al hombre más vulgar que encontró. Dejó que la confundiera con una prostituta y aceptó el dinero. Sabía que aquello sería la única forma de acusar después a Loewenthal y completar su venganza. Pudo haber huido. No lo hizo. El odio fue suficiente. Después no supo qué hacer con aquello. Haber roto el dinero no borró nada. También pensaba en Loewenthal. A veces se preguntaba si él había comprendido la causa de su muerte. No fueron solo las balas. Fue la forma en que ella lo miró justo antes de disparar.




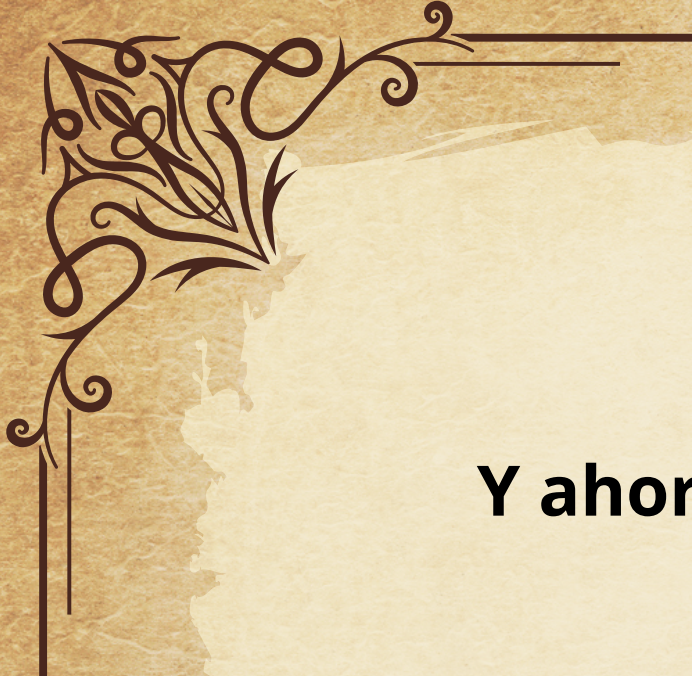
Aquella noche bajó a la bodega. Allí estaba la caja. Nunca supo por qué había pasado años sin abrirla. La abrió sin prisa. Dentro había una bufanda. La tomó con cuidado y la acercó a su nariz, como si aún pudiera encontrar en ella el aroma de su padre. Luego halló fotografías: sus padres jóvenes, en un tiempo que ya no volvería. Al fondo, doblada con cuidado, había una carta. Dudó antes de leerla. La abrió sin prisa, como si no esperara encontrar nada.

Hija: Tal vez nunca encuentres esta carta.
Si alguna vez la lees, no guardes odio.

Loewenthal era inocente.

Tomé el dinero del cajero y lo enterré. Fueron años de humillaciones. Emma dejó caer la carta. Sintió que el aire desaparecía de la habitación. No hizo nada más. Solo permaneció allí, de pie, mirando el vacío.

Mónica León



Y ahora lo único que me queda es mentirme



Precuela de Emma Zunz

Ojeé la carta una, dos, tres veces, comprendió que no estaba entendiendo las palabras, sino recordándolas.

La tinta apenas más oscura en ese nombre, le recordó otra; la de los libros contables que su padre revisaba cada noche, con una paciencia que entonces le había parecido inútil.

Emma apoyo la hoja sobre la mesa. No quiso pronunciarlo sabía que, si lo hacía, el nombre adquiriría una forma definitiva, y hasta entonces conservaba algo más peligroso; la posibilidad.

Recordó entonces escenas sin importancia aparente. El cambio fue casi imperceptible al principio.



Algunas visitas dejaron de ocurrir, ciertas conversaciones interrumpidas cuando ella entraba en la habitación. Una cautela nueva, que no era miedo, pero se le parecía, después, el señalamiento.



No hubo una acusación clara, al menos no uno que Emma pudiera recordar con precisión. Fue más bien una certeza que se instaló en otros antes que en ello; el dinero faltaba, y su padre estaba demasiado cerca de las de las cuentas como para no saberlo.

Él lo negó.

No con insistencia, sino con una sobriedad que, a Emma incluso entonces, le pareció extraña. Como si desmentirlo fuera menos importante que otra cosa que no dijo.

Hubo nombres.

Hubo silencios más elocuentes que cualquier prueba y hubo, sobre todo, una rapidez que no se comprendía con la duda.



Algunas visitas dejaron de ocurrir, ciertas conversaciones interrumpidas cuando ella entraba en la habitación. Una cautela nueva, que no era miedo, pero se le parecía, después, el señalamiento.



No hubo una acusación clara, al menos no uno que Emma pudiera rememorar con precisión. Fue más bien una certeza que se instaló en otros antes que en ello; el dinero faltaba, y su padre estaba demasiado cerca de las de las cuentas como para no saberlo.

Él lo negó.

No con insistencia, sino con una sobriedad que, a Emma incluso entonces, le pareció extraña. Como si desmentirlo fuera menos importante que otra cosa que no dijo.

Hubo nombres.

Hubo silencios más elocuentes que cualquier prueba y hubo, sobre todo, una rapidez que no se comprendía con la duda.


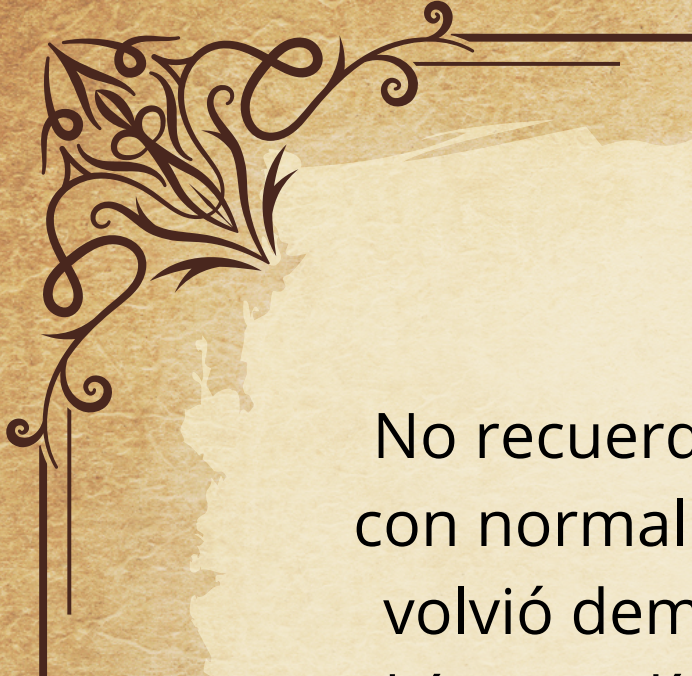


Emma aceptó esa versión porque era la única completa. Las otras, fragmentadas y contradictorias, exigían una atención que entonces no tuvo o no quiso tener. Recordó que su padre, la última noche antes de huir, le había jurado que el ladrón era Loewental.

“No todo es como parece, Emma”, había dicho. Entonces no insistió. Ahora comprendía que sea mención también formaba parte de la historia. Había un intervalo que no lograba reconstruir. No era un vacío, sino algo más inquietante, la certeza de que los hechos habían ocurrido sin necesitarla.

Cuando su conciencia volvió a ordenarse, Emma ya estaba de pie frente al cuerpo de Aaron Loewental.

No se sorprendió. Y eso fue lo primero que le pareció extraño.



No recuerdo en qué momento dejé de respirar con normalidad, tal vez fue cuando el silencio se volvió demasiada pesado, el perro no ladraba, ahí entendí que ya no había forma de arreglarlo.

La oficina de Loewental se sentía demasiada tranquila, no había viento, no había ruido, no había nada... Excepto ese vacío que parece observarme desde cada esquina.

No debería seguir aquí. Lo sé. Cada segundo que pasa es un error más grande que el anterior.

Pero mis piernas no responden, como si también ellas entendieran que salir no cambiaría nada.

Miro alrededor, evitando ese punto exacto donde todo ocurrió. Porque sé que si miro... Si me atrevo a enfrentarlo... Ya no voy a poder mentirme.

Y ahora lo único que me queda es eso: mentirme.

Erwinmary Fuenmayor


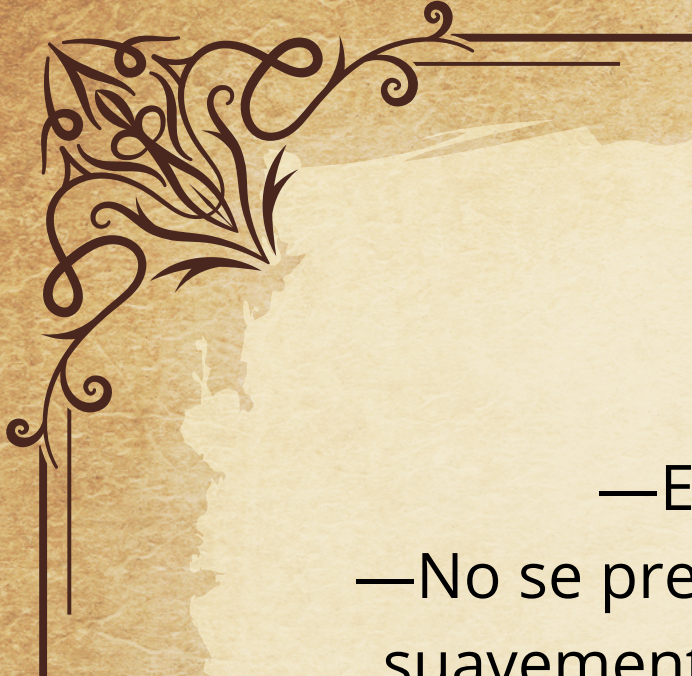


Como cada viernes

Como cada viernes me afinqué en el cafetín “El Tano”, un mino italiano que llegó con sus viejos hace ya varios años abrió el local en la Avenida Quintana (tenían la plata para hacerlo después de todo). Me senté en la mesa más cercana a la entrada para atraer a la primera grela que me llamase la atención. Entraron un par, pero ni pecho ni espalda valía el ojo, por lo que mejor me voy a la barra a pedir un tinto de buena cosecha. En lo que el Barman me sirve el trago, mantengo la mirada en la puerta y entra una mina rubia de gran lomo y grandes ojos claritos. Me pido un segundo tinto para invitarla, pero un choborra se me cruza en el plan y se tira sobre la mina, sin pensarlo me tiro sobre el hombre y de inmediato me llegan los olores del trago, lo zarandeo hasta que cae al suelo, agarro a la minita del brazo y la saco del lugar.

—¿Se halla bien?

Asiente.



—Entonces he de presentarme.
—No se preocupe —dice sacudiendo sus manos suavemente— presiento la calidad de hombre que debe ser usted, no desperdiciemos nuestro tiempo. Inclina un poco su cabeza en forma de despedida y se da media vuelta, pero yo no quería que se fuera sin darme su nombre, así que camino rápido hasta quedar frente a ella y le regalo una gran sonrisa.

—¿Al menos su nombre?

—¿Sin ofrecer el suyo primero?

—Fernando. —le ofrezco la mano, pero no me devuelve el gesto.

—María Esther. —me sonrío—Ahora con su permiso Don Fernando.

Tenía la certeza de que María Esther sería una persona importante en mi vida.

Javier Pizarro



SERIEDAD Y CALIDAD

